

sus sectas por su propio fanatismo. En sus instituciones cristianas y en sus comentarios de la sagrada Escritura, habla Calvino de la caridad, del desprecio de las riquezas y de otras virtudes; mas en dichas cartas, escritas á su amigo Poet, dice francamente, que se debe procurar sin atender á los medios la adquisicion de las riquezas, como todos los calvinistas se las habian procurado. Manifiéstale su arrepentimiento de no haberse enriquecido, y la esperanza de ser ayudado por todos los que habian hecho su fortuna en la secta: le aconseja á que deje ricos y poderosos á sus hijos: afirmale que ya los pueblos estaban dispuestos para la sedicion: que su premio será honor, gloria y riquezas; y le exhorta por fin á que persiga á todos los de religion contraria, y baga con ellos lo que él mismo hizo con Miguel Servet, á quien mandó quemar vivo en Ginebra. Por estas espresiones que son propias de Calvino, se vé claramente la verdadera imagen de su espíritu, y del que aprendieron y heredaron de él sus secuaces. En su secta, bien así como en cualquier otra, aun la mas viciosa, se encuentra una muchedumbre de personas que abrazan y profesan el error por ignorancia ó fanatismo, sin que conozcan ni puedan penetrar hasta el fondo de la impiedad; mas por razon de la doctrina, sus ideas se pervierten, corrómpese su corazon, é insensiblemente se disponen para egecutar con ardor los designios y proyectos de sus maestros que conservan y perpetúan el espíritu de los heresiarcas. Formado este espíritu segun la secta de Calvino, fue la primera causa que empezó á corromper la nacion francesa, y le trazó el camino que despues ensancharon el jansenismo y la filosofia para llegar á un completo triunfo; y el mismo Calvino fue el mónstruo que sembró en Francia y promovió el espíritu de rebelion, que fortalecido

despues, vino á arruinar su religion y monarquía. Nacido para la ruina de su propia pátria, á la edad de veinticuatro años era ya venerado como maestro de su secta, que su gran talento, la virtud que aparentaba en su aspecto y en todos sus modales, y la ignorancia del clero, hicieron famosa en algunas ciudades de Francia. La historia civil de esta gran nacion desde el año 1559, debiera mas bien llamarse historia calvinista que civil francesa; pues todo el gobierno militar y civil en el espacio de muchos y largos reinados, tuvo al calvinismo por objeto principal de su atencion, ora combatiéndolo, ora alagándolo por temor. En Julio del citado año 1559 murió desgraciadamente de una herida de lanza el Rey Enrique II, y esta muerte abrió la puerta á contínuos desastres en los reinados de sus tres hijos y sucesores, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, último Príncipe de la rama de Valois, y en los de Enrique IV y demás Soberanos de la casa de Borbon.

PÁRRAFO SEGUNDO

*Rebeliones y guerras de los calvinistas en el reinado de Francisco II.*

Al indicar las principales épocas de los rebeldes calvinistas, no es necesario detenernos en dar una noticia circunstanciada de todas las calamidades que su rebeldía ha causado siempre en Francia; y este detalle por otra parte haria escesivamente difusa la prometida indicacion. Apenas se encontrará un hombre medianamente versado en la historia, que no conozca y esté plenamente convencido de que no hay género alguno de rebelion ó

guerra mas desastrosa que aquella en que se mezcla un espíritu falso de religion; y las de los calvinistas, segun la misma historia, han sido precisamente las mas atroces que han hecho en tiempo alguno los hereges contra los católicos. El calvinismo, como dice muy bien un excelente crítico é historiador (1), ha renovado en Francia todo lo que el furor y rabia, la rebelion, la perfidia, la avaricia, la impiedad, la crueldad, la desesperacion y demás pasiones las mas feroces y tumultuantes inspiraron á todo linage de malvados en los siglos antecedentes para arruinar, si les fuera posible, con el hierro y con el fuego la religion y el estado. Los soberbios monumentos de esta heregía son cuatro grandes batallas: la toma, saqueo y desolacion de la mayor parte de las mejores ciudades: los templos destruidos, las estátuas de los santos degolladas, violados los sepulcros reales, los estrangeros introducidos en el reino, una especie de república establecida en el centro de la monarquía, y mas de un millon de franceses que los calvinistas hicieron perecer, sin ninguna forma de juicio y en medio de los tormentos mas horribles. Estas verdaderas espresiones con que principia Maimbour de la historia del calvinismo, bastan para dar una idea en general de las innumerables calamidades que causó en Francia.

Obtuvo Calvino en 1534 una proteccion decidida de la Reina de Navarra, y principió desde entonces á adquirir secuaces ocultos en Francia, en la que sin embargo no osaron declararse sino despues de la muerte de Enrique II, á saber; en 1559, cuando aparecieron en París las facciones que conspiraron á arruinar el reino (2). Mostráronse desde luego gefes de la faccion

(1) *Histoire du Calvinisme par Mr. Maimbourg. tom. 1. p. 2.*

(2) *Daniel hist. de Franc. ann. 1559.*

calvinista, Antonio, duque de Borbon, y su hermano Luis, Príncipe de Condé, con quienes se reunieron el almirante Coligni y su hermano Andelot, siempre amigos fieles: el catolicismo miraba como á su gefe al duque de Guisa, único, ó al menos el principal apoyo del trono de Francia. A estos dos partidos que dividian interiormente la monarquía, debe añadirse la faccion que capitaneaba el condestable Montmorency, la que hasta el principio del reinado de Carlos IX favoreció á los calvinistas, mas despues se unió gloriosamente con los católicos.

Algunas semanas despues de la muerte de Enrique II, se atrevieron los calvinistas, bajo la proteccion de sus gefes, á celebrar públicamente sus juntas en París (1); y no obstante que el gobierno persiguió y castigó con la mayor severidad á muchos de ellos, en el año siguiente fue enviado Renaudie, en nombre de los calvinistas, á Inglaterra para empeñar á la Reina Isabel en la revolucion de Francia. Concibió el enviado las mayores esperanzas para su empresa; y habiendo regresado á Francia, recorrió todo el reino nombrando en varias provincias gefes calvinistas que ocultamente dispusiesen el mayor partido posible, y le tuviesen pronto para una sublevacion. Proyectaron esta conjuracion en Nantes, y tuvo su efecto en Amboise, donde los sectarios fueron combatidos y derrotados por tres veces, pereciendo en una de estas acciones el mismo Renaudie. Tal fue la primera época calvinística tan desastrosa para Francia, y precursora de otras mucho mas horribles. En ella principiaron los calvinistas á llamarse hugonotes; nombre que, segun algunos autores, alude á una puerta de Tours, llamada de Hugo, en la que ocultamente se juntaban; ó que segun otros se deriva de la palabra alemana

(1) *Id. ibid. ann. 1560.*

*eignossen* (aliados con juramento) que mal pronunciada por los saboyardos sonaba *eignots*.

Apesar de las derrotas y castigos de Amboise, descubrióse inmediatamente el furor de la sedición en el Delfinado y en otras provincias de Francia; y entonces fue cuando se declaró hugonote ó calvinista el Príncipe de Condé, á quien, como tambien al Rey de Navarra, instaron los rebeldes para que se pusieran al frente del tumultuante y guerrero calvinismo. En Agosto del mismo año 1560 se tuvo en Fontainebleau, donde se hallaba el Rey Francisco II con su madre Catalina de Medicis, un gran consejo, ó por mejor decir una asamblea general, cuyo único objeto era remediar los males causados ya por la heregía, y oponer un fuerte preservativo á los nuevos y mayores con que amenazaba á todo el reino; pero inficionados con el error la mayor parte de los asambleístas, lograron que se decretase la convocacion de los estados generales, con las lisonjeras esperanzas de apoderarse enteramente del gobierno y arruinar de todo punto la Religion y la autoridad real. Sin embargo, la corte, prudente aunque débil, supo tomar eficaces providencias para sufragar los funestos efectos de dicha convocacion, procurando que los diputados fueran católicos buenos y sinceros, y haciendo arrestar á algunos protectores del calvinismo. El Rey ordenó por sí mismo que se aseguraran entre otras las personas del Rey de Navarra y del Príncipe de Condé, mandando que á este último se le formase inmediatamente su proceso. Mas en estas circunstancias tan críticas murió Francisco II de una fistula envenenada por el cirujano calvinista que se la curaba, segun atestiguan muchos y fidedignos escritores de aquel siglo (1). En su breve

(1) *Barnino, tom. 4. c. 8. p. 500.*

reinado de diez y seis meses, se aumentaron tan desmedidamente los calvinistas en Francia, que como dice Spondano, empezaron á ceder los castigos contra los hereges, porque su inmensa muchedumbre no pudo ya ser refrenada por la fuerza.

PÁRRAFO TERCERO.

*Rebeliones y guerras de los calvinistas en el reinado de Carlos IX.*

Habiendo muerto el Rey Francisco II el dia 5 de diciembre, y sucedidole en el trono Carlos IX á la edad de solos diez años y medio, continuaron los calvinistas sus proyectos y concibieron nuevas y mayores esperanzas de la convocacion de los estados generales. Reunióse en efecto la asamblea en Orleans á trece del mismo mes, y se concluyó pacíficamente conviniéndose ambas partes en que se renunciase el concordato con Roma sobre el nombramiento de obispos. A vista de un éxito tan inesperado, juzgaron muchos que con la dicha asamblea cesarian todas las revoluciones; pero lo cierto es, que se renovaron de allí á dos años y continuaron con mayor furor y encarnizamiento. La Reina madre, regenta por la minoridad de Carlos, lisonjeando la inclinacion del Rey de Navarra á favor de los calvinistas, determinó que se celebrase en Poisy un colóquio ó junta entre los católicos y los ministros de la secta, y se verificó este colóquio en el año siguiente 1661. El mismo Calvino hace mencion de esta junta en la segunda de sus ya citadas cartas al marqués de Poet, y se lisonjeó descaradamente del buen efecto de dicha junta; sin embargo, no le fue tan favorable como presumia, pues

en ella perdió la secta á su principal apoyo el Rey de Navarra, quien fue nombrado poco despues generalísimo de los católicos. En el mismo año hizo la Reina juntar otra vez los estados para que se confirmase su regencia del reino, y á principios del siguiente publicó un edicto permitiendo á los calvinistas tener asambleas religiosas en los arrabales de las ciudades, precursoras de las épocas funestísimas que se subsiguieron, las que podrán referirse en pocas palabras diciendo, que hasta Octubre de 1574 en que murió Carlos IX, fue la Francia un teatro continuo de guerras civiles entre los católicos y calvinistas que profanaron las iglesias, saquearon y devastaron ciudades y pueblos enteros como en una irrupcion de los antiguos bárbaros del norte. Pero aunque estas breves palabras basten para dar una idea en general de las sediciones que escitaron los calvinistas en estos catorce años, conviene sin embargo detallarlas mas por estenso y presentar sus épocas individualizadas.

No tardó mucho la Reina en llorar con inútil arrepentimiento los malos efectos del edicto, que, autorizando la tolerancia del calvinismo, abrió la puerta á innumerables apóstatas del catolicismo y hasta de sus cláustros religiosos; y tuvo el sentimiento de saber por aviso del Rey de Navarra, que los calvinistas juntaban tropas para apoderarse de la persona del Rey su hijo. Alistáronse efectivamente estas tropas bajo el mando del Príncipe de Condé, del almirante Coligni y de su hermano Andelot; y en menos de dos meses hicieron sentir sus funestas influencias en París, Orleans y otras ciudades. El Príncipe de Condé solicitó la alianza de los estados protestantes de Alemania, y escribió á todas las iglesias de Francia pidiéndoles dinero y gente; con lo cual todos los calvinistas de comun acuerdo se levantaron en

masa, y principiaron sus acciones militares por el saqueo de las iglesias. Convirtiése entonces toda la Francia en un teatro horroroso de sangre y desolacion. En vano trató la corte de nuevas negociaciones para oponer un dique al mal que ella misma habia fomentado con sus imprudentes decretos; pues aunque el Príncipe de Condé se mostró pronto á acceder al partido de retirarse si se retiraba el duque de Guisa y el condestable, generales del ejército católico, sin embargo le amedrentaron los ministros hugonotes representándole con aspereza que no podia en conciencia abandonar la empresa que habia comenzado, y amenazándole con los efectos de la ira de Dios, que le habia elegido, decian, para destruir la idolatría de los papistas, para reformar la Iglesia y restablecer la puridad del Evangelio. Iguales amenazas fulminó Calvino desde su retiro de Ginebra, pues consta, que aun en 1566 obraban los gefes franceses del calvinismo segun las instrucciones y bajo la dependencia del sinedrío que habia formado el heresiarca en aquella ciudad (1).

Continuóse, pues, la guerra como deseaban los hugonotes; el Rey de Navarra, que capitaneando á los católicos sitiaba en Setiembre de 1562 á Roan, murió al prepararse para el asalto que queria dar por sí mismo. A 19 del siguiente Diciembre, se dió cerca de París una batalla tan sangrienta, que quedaron en el campo siete mil hombres entre católicos y hereges. Puede inferirse de aquí quanto hervirian las sediciones en las provincias de Francia, mientras que los calvinistas se hacian tan temibles á su corte. «Además de la Normandía, dice el citado historiador Daniel (2), la Borgoña, el Lenguadoc, el Poitou, la Guyena, el Delfinado y la Provenza eran continuamente asoladas

(1) Daniel, *hist. ann.* 1766. (2) *Ann.* 1562.

por los dos partidos; porque aunque no habia en ellas tantos ni tan numerosos egércitos como en las cercanías de París, cometíanse, sin embargo, mayores desórdenes y atrocidades." El desgraciado éxito que, contra las esperanzas de los católicos, tuvo el sitio de Orleans, contribuyó poderosamente á aumentar la preponderancia de los sectarios, y á debilitar las fuerzas del gobierno. Dirigido éste por el gran duque de Guisa, habíase persuadido que con la toma de Orleans quedarian para siempre humillados los rebeldes, y que á fuer de vencedor lograria sujetar sus cuellos bajo el yugo de la ley. Pero todas estas esperanzas, por mas bien fundadas que apareciesen, quedaron desvanecidas en un solo momento. El principal apoyo del catolicismo y del trono francés, el célebre duque de Guisa, cayó delante de las murallas de Orleans muerto á traicion por el infame Juan Mercí, quien declaró despues á presencia de la Reina, del cardenal de Borbon y de otros personages, que le habia asesinado por instigacion de los principales calvinistas, entre los que nombró al almirante Coligni, á Teodoro Beza, Fouquieres, Brion y otros. Desconcertó esta muerte de todo punto las intenciones de la corte, y vióse en consecuencia precisada á conceder á los calvinistas la paz y el libre ejercicio de su religion. Este nuevo edicto, tanto ó mas funesto que todos los anteriores, se publicó en Amboise á 19 de Marzo de 1563. No obstante, se logró por de pronto calmar los ánimos de los rebeldes, con lo cual pudo el jóven Rey visitar sus estados en compañía de su madre, y ver personalmente los desastres que habia causado la heregía, á la que hallaron dominante en Borgoña, en el Leonés, en el Delfinado y en el Lenguadoc.

No duró mucho tiempo esta forzada tregua. Á principios del

siguiente año 1565 pasó la corte de Francia á Bayona, con el fin de visitar y conferenciar con la Reina de España Isabel, tercera esposa de Felipe II; y esta sola accion bastó para que los sectarios enarbolasen de nuevo la bandera de la rebelion. Creyeron ver en la conferencia de Bayona un plan de alianza entre los Monarcas franceses y el enemigo mas terrible de la heregía, Felipe II; y apresuráronse en consecuencia á tomar sus medidas para renovar ocultamente sus anteriores tratados con los Príncipes hereges de Alemania y de Inglaterra, y de acelerar la rebelion de Flandes contra el Rey de España. Convencidos el Príncipe de Condé y el almirante de que en el abocamiento de su Rey con la Reina de España se habia concluido formalmente el proyecto de oprimir el calvinismo en Francia, juntaron de nuevo sus egércitos, aliáronse con el Príncipe de Orange, y atrajeron á Francia los refuerzos alemanes, dispuestos á marchar á donde fuese mayor y mas inminente el peligro. Entretanto, prosiguiendo el duque de Alba su guerra contra los calvinistas de Flandes, condenó á pena capital á los condes de Egmond y de Horn; y en vista de estos castigos resolvieron Condé y el almirante apoderarse de su Rey para obligarle á ponerse al frente del partido. Pero descubiertas estas intenciones por la corte, y no pudiendo ya egecutarlas sus enemigos con el secreto artificio que deseaban, presentáronse con un egército formidable en las cercanías de París, donde se batieron otra vez en campo abierto con los católicos. Desde allí se estendió la guerra en 1568 por Lenguadoc, Auvernia, Provenza y demás países en que dominaba el calvinismo, hasta que se logró ajustar la paz, comprándola como siempre la corte con condiciones ventajosas á la heregía. Mas, á pesar de ello, tardaron muy poco á renovarse

las hostilidades, pues no obedeciendo los rebeldes á las órdenes reales, persiguieron á los eclesiásticos católicos, y despues de haber puesto en combustion varias ciudades del reino, formados en cuerpo fueron á militar bajo el mando del Príncipe de Orange, gefe del calvinismo flamenco, contra el egército español mandado por el duque de Alba. Mostrábase entonces la corte de Francia poco atenta á sus relaciones exteriores, porque proyectaba apoderarse de los gefes del calvinismo francés; pero éstos preocuparon la egecucion del designio, y acometiendo de nuevo á su propia pátria, renovaron la guerra civil, y abrieron una campaña mas larga que todas las anteriores. En efecto, se prolongó ésta hasta fines de 1570, en que, despues de la muerte del Príncipe de Condé, ocurrida en 1569, y de haber tomado el mando de la liga calvinística el jóven Príncipe de Bearne, despues Enrique IV, se ajustó de nuevo la paz, habilitando la corte á los calvinistas para todos los empleos, y concediéndoles otros muchos privilegios. No hay duda en que esta paz proporcionó alguna tranquilidad al gobierno, y le permitió atender á la administracion de los negocios públicos, desatendida cuasi de todo punto durante la guerra: sin embargo, puede decirse en cierto modo que esta tregua fue mas perjudicial á la Francia que la lucha que la precedió, ya por la obstinacion de los hereges y su osadía en aspirar al absoluto dominio sobre todas las clases de la sociedad, ya tambien por la desastrosa resolucion que al fin tomó la corte contra ellos, despues de la muerte de su gran protectora la Reina de Navarra. Mientras vivia esta famosa calvinista, apoyados los sectarios en su nombre y proteccion, trataban de dar la ley al gabinete de París; pero muerta Juana de Albret, y viéndose Carlos IX libre de una enemiga tan poderosa y terrible, quiso

vengarse del partido arruinándole en toda Francia. Tales fueron las causas que motivaron la grande mortandad del dia de San Bartolomé en París, y de los inmediatos siguientes en las provincias; mortandad que si bien apagó momentáneamente el horrendo fuego del calvinismo, sirvió empero á atizarle mas y mas en el pecho de los que sobrevivieron, y á hacerles jurar un odio eterno contra el que la mandára egecutar. Reuniéronse lejos de la corte, llamaron á diferentes puntos de las provincias á todos sus coreligionarios, tomaron y fortificaron algunas plazas, y se decidieron á esperar en ellas el momento favorable para tomar la ofensiva. Mas entretanto murió el Rey Carlos IX, á 30 de Mayo de 1574, cuando apenas contaba veinticuatro años de edad.

PÁRRAFO CUARTO.

*Reinado de Enrique III.*

Hemos visto el número escesivo de épocas trágicas durante los dos últimos reinados que el calvinismo hizo infelicísimos. Si Carlos IX hubiera vivido algunos años mas, y hubiese podido coger los frutos del destrozo que hizo y del terror que infundió á los hugonotes con la gran mortandad de San Bartolomé, se podria esperar que el siguiente reinado fuese pacífico y feliz; pero no se cogieron tales frutos, antes bien con la mudanza del trono recobró el partido nuevos alientos y esperanzas para continuar la guerra con mayor ardor y empeño. Enrique III, hermano de los dos Reyes antecesores, subió al trono para manejar un cetro que le costó la vida á manos de un asesino. Su reinado de quince años fue un tegido de rebeliones y de guerras, que,

aunque paliadas con diversos pretextos, siempre tuvieron por fundamento y fin la religion. Para espresar brevemente la relacion de los sucesos trágicos de este reinado, diremos tan solo, que habiendo continuado el partido calvinístico sus hostilidades, logró en 1575, despues de una gran batalla, ajustar treguas por medio año, y sucesivamente un tratado definitivo de paz, en el que adquirieron entera libertad para profesar su secta. Mas esta paz tan ventajosa á los sectarios escacerbó de tal manera los ánimos de los católicos, que dió motivo y origen á la union llamada la *liga santa*, que se formó en 1576, y sobrevivió á Enrique III. Mal aconsejado este Monarca, ó temiendo tal vez vanamente á los de la liga, se declaró abiertamente contra ella en el último año de su reinado, uniéndose con el Rey de Navarra, gefe ya entonces del calvinismo; y esta declaracion fue la verdadera causa de la muerte trágica de Enrique III, por creerle falsamente algunos católicos, y en particular su fanático asesino Jacobo Clemente, enemigo del catolicismo y fautor de la secta. De este modo, despues de haber causado el calvinismo innumerables calamidades en todo el reino, promoviendo en el espacio de treinta años ocho guerras civiles (1), llegó por último á ocasionar el mayor de los males que pueden sobrevenir á una monarquía; esto es, el regicidio y la ruina del trono.

(1) *Bussieres, hist. de Fran. l. 19, 20 y 21.*

PÁRRAFO QUINTO.

*Reinado de Enrique IV.*

Enrique III nombró al morir por su sucesor al Rey de Navarra, que al ocupar el trono de Francia tomó el nombre de Enrique IV. Nada mas funesto, segun lo que podia presumir la prudencia humana, que el principio de un reinado en que empuñaba el cetro el mas hábil y mas terrible de los generales del calvinismo. Ardió toda la monarquía y multiplicáronse los bandos y disensiones hasta en la mas pequeña de sus provincias. La liga de los católicos pretendió fabricar otra nueva corona, y ceñir con ella las sienes del anciano cardenal de Borbon. Los calvinistas, con la osadía propia de un triunfador, aspiraron nada menos que á abolir de todo punto la verdadera religion, y á establecer bajo el dominio de su gefe una iglesia, compuesta solamente de sectarios, en que no se profesase otra creencia que la de Calvino. Pero la divina Providencia, que queria salvar á la iglesia de Francia de una entera ruina, dióle en el nuevo Soberano otro Saulo, que de perseguidor del cristianismo se convirtió en su apóstol. Enrique IV, antes calvinista y despues ferviente católico, desde que abjuró con toda solemnidad los errores de la secta, no cesó de perseguir y refrenar el espíritu rebelde de sus antiguos coreligionarios; mas á pesar de su gran poder, de su ascendiente sobre los principales caudillos del partido, de su hábil política y de todas las demás virtudes que le merecieron el glorioso renombre de grande, vióse precisado á publicar en favor de sus enemigos el famoso edicto de Nantes: